Master Negative Storage Number

OCI00045.10

Estruch, Camilo E.

El Destripador de mujeres

Madrid

[1893?]

Reel: 45 Title: 10

EL DESTRIPADOR DE MUJERES

EN MADRID

El famoso criminal á quien el vulgo denomina Jack se entretiene aún en Londres en destripar mujeres, burlando la actividad y las pesquisas de la policía, la cual ha puesto en juego inútilmente los resortes de su actividad con el laudable fin de conseguir la captura de tan infame asesino. Increíble parece que en la capital de Inglaterra, un solo hombre, un bandido feroz haya eludido hasta hoy los procedimientos de la justicia. Cada día comunican los periódicos un nuevo crimen cometido por aquel monstruo, el cual, cebándose en las infelices mujeres que caen en sus manos, las martiriza arrancándoles la vida, y luego, extrayéndoles los intestinos, las deja expuestas en la vía pública, insultando con tan horrorosos atentados á la humana sociedad. ¿Será loco ese aborto del infierno? ¿Será un fanático lujurioso, perseguidor de las mujeres, á semejanza del tristemente célebre *Sacamantecas*? La opinión pública se pierde en un dédalo de conjeturas sobre este particular. No es nuevo, no, el escándalo repugnante de ver tendidas y sin vida, espantosamente mutiladas, algunas mujeres en las calles más frecuentadas de una populosa capital. Ya ocurrieron en tiempos pasados luctuosas escenas de la misma índole en España, promoviendo, como es consiguiente, el terror y la alarma entre las gentes honradas. Vamos á narrar hechos ruidosos que guardan perfecta semejanza con los consumados por el perverso Jack.

De un antiguo manuscrito que ha llegado á nuestras manos hemos extractado lo siguiente:

«A fines del año 1552 hallábanse los buenos habitantes de Madrid profundamente impresionados á consecuencia de haber aparecido muertas, en las calles más transitadas, varias mujeres jóvenes, expuestas en completa desnudez, con el vientre abierto, sin intestinos y con señales evidentes de haber sufrido brutales atropellos. Una fué hallada en la calle del Sombrerete, otra en la del Fúcar, y otras en diferentes callejones situados en el barrio de San Lorenzo. Estos asesinatos se verificaron respectivamente en el transcurso de dos meses. Cada uno de ellos denotaba gran saña y encarnizamiento, pues las víctimas llevaban un tarjetón prendido en los cabellos con estas palabras escritas: *Como ésta morirán todas las mujeres que mis manos logren alcanzar.*

Difícil sería describir con acierto la dolorosa impresión que produjo en el ánimo de los madrileños semejante atrocidad: todos pedían justicia; todos anhelaban el descubrimiento y castigo del culpable.

No desoyó la autoridad gubernativa los clamores del pueblo, puesto que, desplegando el mayor celo, dedicóse con afanoso empeño á perseguir al autor de aquella hecatombe; pero, desgraciadamente, todas sus diligencias y gestiones resultaron inútiles.

Entretanto seguía el asesino demostrando mayor encono con las mujeres. Dos, jóvenes y agraciadas, aumentaron el número de las víctimas sacrificadas anteriormente: una en la calle de San Roque y otra en el callejón del Perro. El Asistente de Madrid, á pesar de su infatigable actividad, que comunicaba á sus agentes, no acertaba á descubrir las huellas del malvado asesino. Un vecino honrado fué más feliz que el citado Asistente, merced á su ingenio, dedicado en aquellos momentos al servicio de sus conciudadanos. Era éste tabernero, muy dado á la investigación de la procedencia y modo de vivir de los individuos que frecuentaban su casa, situada en la calle de la Madera; así es que con motivo de la confusión y sobresalto que había difundido en Madrid el entonces llamado *Quitamondongos*, se propuso por su cuenta y riesgo seguir la pista del criminal, valiéndose al efecto de los me-

dios que vamos á referir. Había observado Felipe Pámpano que á la puerta de su taberna se asomaba todas las noches un hombre montado en un burro, aparejado con mantas manchadas de sangre que despedían un olor nauseabundo. Espiado cautelosamente por el tabernero dicho hombre, descubrió que en altas horas de la noche pasaba arreando el burro, cargado con un bulto sospechoso, y á pocos momentos volvía con el asno sin carga alguna, deteniéndose breves instantes en la taberna para beber dos ó tres vasos de vino, y marchándose después aceleradamente, sin proferir más palabras que las indispensables para preguntar cuánto importaba el vino que había consumido. Tan extraño tipo, alto, fornido, de aspecto brutal, que representaba la edad de cuarenta años, solía pagar á Felipe Pámpano con un ducado de oro, recibiendo la vuelta correspondiente con el orgullo peculiar del que posee dinero en abundancia.

Una noche apostóse Felipe Pámpano oculto en un portal de la calle del Pez, inmediata á la mencionada de la Madera; y habiendo sentido los pasos, probablemente de un hombre que se acercaba al sitio en que se hallaba, sacó diligentemente una linterna que llevaba oculta y desenvainó su espada. Grande fué su asombro al reconocer al rústico parroquiano á quien se había propuesto perseguir.

—¡Alto! ¡Ríndete, ó mueres ahora mismo!—dijo Felipe.

—¿Rendirme? ¡Nunca!—contestó el hombre sospechoso.

—¡Pues toma!—repuso el tabernero, dirigiéndole una estocada al pecho.

—¡Imbécil! ¡Tu espada no me ofende: se ha estrellado en mi cota de malla invulnerable!

—¡Maldición! ¡Favor al rey! ¡Favor á la justicia!...

El tabernero no pudo proferir más palabras: cayó herido de una puñalada que su adversario le asestó al cuello.

Trató el rústico villano de huir rápidamente; mas al volver la esquina de la calle llamada Corredera baja, vióse rodeado y preso por seis hombres armados, amigos de Pámpano, que salieron de diferentes tiendas ó portales, en donde se hallaban escondidos de antemano.

Pronto la justicia se apoderó de aquel individuo misterioso, encerrándolo, cargado de cadenas, en la cárcel de la Vi-

lla. Registrado el sitio en el que ocurrió la lucha sostenida por Felipe Pámpano y sus auxiliadores, se halló otra mujer destripada en la misma puerta del convento de las monjas de San Plácido.

El asesino se hallaba ya en poder de la justicia. Grande fué el júbilo de los madrileños al noticiarse que el cobarde é infame matador de mujeres indefensas sería al fin castigado con todo el rigor de la ley.

Pasados ocho días de la captura del *Quitamondongos*, se supo que era judío, y que, habiendo sido interrogado, dijo llamarse Daniel Levi, declarándose al mismo tiempo autor de todas las muertes violentas de las mujeres destripadas halladas en las calles de Madrid, en venganza del suplicio que aplicaron los inquisidores á su madre quemándola viva.

Con el objeto de saber si existían cómplices de aquellos atentados, se sometió al judío Levi á la prueba del tormento; pero nada dijo, no obstante los agudísimos dolores que le hizo sufrir el verdugo sometiéndolo al padecimiento del *borceguí*.

Condenado finalmente á muerte, fué ejecutado en la horca en la plaza de la Cebada á las ocho de la mañana del sábado 11 de Enero de 1553.

En este mismo día exhalaba el último suspiro el tabernero Felipe Pámpano á consecuencia de la herida que le infirió en el cuello el inicuo judío *destripador de mujeres* Daniel Levi.

El Asistente mandó poner una lápida conmemorativa en la fachada de la casa de aquel mártir del deber.»

C. E. Estruch.

MADRID.—Despacho: calle de la Bola, núm. 11.